

Columbus de Ignacio Solares. Algo sobre la historia y la novela de la Revolución Mexicana

José Ávila Cuc*



Historia y Perspectiva de México (detalle), Diego Rivera.

El tema de la *Revolución Mexicana* como pretexto narrativo inició desde que la lucha armada se desarrollaba en México. Mariano Azuela con *Los de abajo* (1915) abre un ciclo que se cierra con *Al filo del agua* (1947) de Agustín Yáñez.¹ Es una etapa en la historia de México en la que políticamente se van consolidando las instituciones que surgen a partir de la Revolución. Para Adalbert Dessau, "[...] el periodo de mayor importancia en la literatura revolucionaria mexicana empieza en 1927-1928 [...]". Se caracteriza por el hecho de que la literatura, conscientemente, es empleada como arma en las luchas sociales.² En toda esta producción "la 'forma'... asume el triunfo absoluto del 'tema' por sobre la estructura".³ El tema revolucionario es tratado en su contexto, en su ambiente, con personajes que no fueron los líderes que trascendieron en la historia y que, sin embargo, se les hace pertenecer a la ficción por alusión o como actores sin acción permanente en el texto. Todas estas narraciones —dice Bruce-Novoa— "se enfocan o regionalmente o sobre uno u otro bando revolucionario".⁴

Hay que aclarar que las excepciones son las obras de Martín Luis Guzmán, *La sombra del caudillo* (1929), *Memorias de Pancho Villa* (entre 1938-1940), y *¡Vámonos con Pancho Villa!* (1931) de Rafael F. Muñoz, porque aquí las historias se enfocan principalmente en el personaje y en torno a él gira la historia. Francisco Villa, Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles están en el primer plano de la narración.

Años más tarde, los escritores e intelectuales mexicanos polarizan sus posiciones: unos se convierten en críticos del sistema político nacido de la Revolución y otros se acogen a él. La guerra revolucionaria vuelve a surgir como tema en tiempos

de la sombra de la Revolución. Tenemos entonces la aparición de la *postnovela de la Revolución mexicana*. Sin duda alguna las principales obras escritas en este periodo son *Pedro Páramo* (1955) de Juan Rulfo, y *La muerte de Artemio Cruz* (1962) de Carlos Fuentes; incluso incluiría la novela chicana *Peregrinos de Aztlán* (1974) de Miguel Méndez, ya que el protagonista principal es un ex combatiente de la guerra revolucionaria.

A final de los años 80 y comienzo de los 90 el tema de la lucha armada vuelve a fascinar a los escritores. Aparece en México una serie de obras que trata el tema de la guerra revolucionaria: *la neonarrativa de la Revolución mexicana*. Unas recrean el ambiente de la época como el caso de *Como agua para chocolate* (1992) de Laura Esquivel; y *Mal de amores* (1996) de Ángeles Mastreta.

Aquí hay que señalar un aspecto importante. No toda la narrativa de la Revolución mexicana es novela histórica. Para que también contenga este calificativo es necesario, según Jitrik, que la novela haga referencia "[...] a un momento 'considerado como histórico y aceptado consensualmente como tal' y, por añadidura, cierto apoyo documental realizado por quien se propone tal representación".⁵ El mismo Jitrik asegura que, en ciertos casos, algunas novelas son de "asunto histórico" o de "ambiente histórico".⁶ La diferencia esencial reside en que la novela de la Revolución mexicana, recrea el ambiente y la época pero es ficción, mientras que la novela *histórica* de la Revolución mexicana se refiere a hechos reales no solamente verosímiles, narrativamente hablando, sino reales en el sentido histórico, ya que existieron. Para Márquez Rodríguez en la novela histórica el autor "[...] no construyó su relato con personajes y acontecimientos imaginarios, sino a partir de hechos históricos reales, a los cuales les dio un tratamiento adecuado para hacer con ellos una novela, y no una crónica o un libro de historia".⁷

A este último tramo pertenece la obra histórica de Ignacio Solares. Como neonarrativa de la Revolución mexicana tenemos: *Madero, el otro*; *La noche de Ángeles*; y *Columbus*. Y las obras de teatro: *El jefe máximo*; *El gran elector*; y *Los mochos*. Con otra temática está *Nen, la inútil*; y *La invasión* que son, como ya se dijo, narración histórica.

Solares encuentra interesante el tema histórico a partir de otro tópico que ya le llamaba la atención como escritor: el espiritismo. Dice en una entrevista concedida a Alfonso González:



Historia y Perspectiva de México (detalle), Diego Rivera.

Nunca me había interesado por la historia; la veía como muy lejana a mí. Cuando terminé *Casas de encantamiento* quise meterme un poco al mundo del espiritismo. Con esa inquietud empecé a buscar algún modo, algún personaje que me permitiera el acceso y un día casualmente descubrí en una librería de viejo un libro de Natividad Rosales sobre los comunicados espiritistas de Madero. Cuando vi ese libro, todavía sin abrirlo, supe que quería escribir sobre Madero.⁸

Pasan siete años entre 1989, cuando se publica la primera novela histórica de Solares, y la primera edición de *Columbus*: una obra en donde se aprovecha, como pretexto narrativo, la invasión de Francisco Villa al pueblo estadounidense de Columbus para recorrer escenarios chihuahuenses, retratar la personalidad de Villa y ubicar parte importante de la narración en Ciudad Juárez. Todo empujado por el fracaso histórico que sólo puede ser entendido por el humor.⁹

Desde el principio de la novela el protagonista principal, Luis Treviño, explica porqué se enroló en las filas del ejército villista. El argumento más poderoso fue la quema de treinta y cinco mexicanos que intentaban cruzar hacia Estados Unidos por El Paso (claro que desde Ciudad Juárez). Y en efecto: en su novela *¡Vámonos con Pancho Villa!*, Rafael F. Muñoz narra la quema de los mexicanos en El Paso y el discurso de Villa ante las tropas, horas antes de iniciar el ataque a Columbus.¹⁰ Sin embargo, el historiador austriaco Friedrich Katz, biógrafo de Villa, duda realmente de que el entonces bandolero haya dirigido discurso alguno a sus huestes y aunque no desmiente la versión de la quema de los mexicanos, disminuye el número de las víctimas:

Finalmente, mencionó un horrendo incidente que había tenido lugar sólo dos días antes, en El Paso. A veinte mexicanos que se hallaban encarcelados por diversos motivos los habían bañado con petróleo para despiojarlos. Al parecer se trataba de una práctica común, pero esta vez alguien había prendido fuego al petróleo.¹¹

Respecto a la cifra de los muertos, Solares lo resuelve así en la novela: "*El Paso Herald* publicó una pequeña nota en que dijo que habrían sido sólo veinte los chamuscados, pero qué otra cosa podría decir" (p. 63).

Lo mismo sucede con el fracaso que causó la risa del autor del texto y dio origen a la novela. En el momento del ataque al poblado estadounidense se cometieron muchos errores: por ejemplo, en lugar de disparar contra los soldados, lo hicieron contra los caballos. El resultado final para

los mexicanos fue peor que para los norteamericanos: "diecisiete gringos muertos, en su mayoría civiles, a cambio de más de cien de los nuestros y muchos heridos".¹² Este episodio lo refiere Katz: los errores cometidos por los villistas, también son ciertos, así como también la cifra de los muertos.¹³

Hay que subrayar un error de precisión en la novela: Katz cuenta así: "En ese momento, los atacantes cometieron un grave error: incendiaron el Commercial Hotel, con lo que el resplandor iluminó las calles y permitió a los soldados distinguirlos de los civiles y abrir fuego contra ellos" (p. 151). Sin embargo, Solares dice que se incendió la tienda Lemon and Payne (p. 173).

Otro punto histórico tratado en *Columbus* es la controversia que pocos años después del incidente (ocurrido la madrugada del 9 de marzo de 1916) comenzó a ser un asunto de debate. Dice la novela: "Pero Villa no entró a Columbus —nunca he entendido por qué después de cómo nos habló—, se quedó en Palomas, y Pablo López se quedó al frente de la columna" (p. 170). Este hecho Katz lo resuelve remitiendo simplemente al Informe de Operaciones de la expedición punitiva que salió en busca de Villa y se internó a territorio mexicano días después de la invasión al pueblo estadounidense (p. 150): Villa realmente no entró a territorio de Estados Unidos.

Esta novela histórica se aleja un poco de la forma de las anteriores escritas por Solares (incluyendo el teatro) ya que en este caso la trama no gira en torno a un personaje revolucionario, sino de uno ficticio: Luis Treviño. Sin embargo, la novela no pierde su carácter de histórica ya que recurre constantemente a hechos y acontecimientos verídicos. Una combinación sólida para quienes gustan de la historia de México y de la buena literatura.

* Docente de la UACJ.

¹ Adalbert Dessau, *La novela de la Revolución mexicana*. FCE, México, 1972, p. 402.

² *Ibid.*, 109.

³ Noé Jitrik, "De la historia a la escritura: predominios disimetrías, acuerdos en la novela histórica latinoamericana", en Daniel Balderston (ed.), *The Historical Novel in Latin America: A Symposium*. Hispamérica (1986), p.22.

⁴ Juan Bruce-Novoa, "La novela de la Revolución mexicana: la tipología del final". *Hispania* (marzo, 1991), p. 37.

⁵ Jitrik, art. cit., p. 21.

⁶ *Ibid.*, p. 20.

⁷ Alexis Márquez Rodríguez, "Raíces de la novela histórica". *Cuadernos Americanos*. Nueva Época (julio-agosto, 1991), p. 33.

⁸ Alfonso González, "Entrevista con Ignacio Solares". Cuernavaca, Morelos, 10 de abril de 1993, en *Chasqui. Revista de Literatura Latinoamericana* (noviembre, 1994), p. 120.

⁹ Sandra Licón, "Columbus es un símbolo de las relaciones entre México y Estados Unidos; piensa Ignacio Solares". *La crónica de hoy*. (febrero 20-octubre 03, 1996). <http://unam.netgate.net/cronica/1996/oct96/03oct96/cu101.html>

¹⁰ Rafael F. Muñoz, *¡Vámonos con Pancho Villa!* Espasa-Calpe, México, 1998, pp.130-131.

¹¹ Friedrich Katz, *Pancho Villa* (trad. Paloma Villegas). Era, México, vol. 2, 1998, p.149.

¹² Ignacio Solares, *Columbus*. Alfaguara, México, 1996, p. 14.

¹³ Katz, *op. cit.*, pp. 151-152.

¹⁴ *Ibid.*, p. 151.